

SOBRE CARITÓN 7.6.2 Y 6.7 Y SUS LAGUNAS*

Máximo Brioso Sánchez
Universidad de Sevilla

La conclusión a que llega el autor es que, de un lado, no hay la menor necesidad de imaginar una laguna en Caritón 7.6.2, y, de otro, que un contenido tan complejo y una extensión como la que los críticos suponen para la laguna de 6.7 no tienen unas sólidas bases. Un análisis detenido del contexto permite encontrarle sentido al pasaje, con la aceptación a lo sumo de algunas leves inconsistencias o alguna pequeña laguna.

The author states that there is no need to place a lacuna in Chariton 7.6. 2. On the other hand, he argues that such a complicate content as the one the critics have imagined in 7.6.7 has no firm basis. On the contrary, to judge by the context, the passage makes sense as it stands, though we should accept some little inconsistencies or a very brief lacuna in the text in question.

El texto del novelista Caritón ofrece esporádicas dificultades y, entre ellas, las que representan ciertos lugares en que con argumentos de mayor o menor entidad se ha sospechado la existencia de pérdidas en la transmisión. No hay duda sin em-

* Mi colega y amigo M. García Teijeiro, de la Universidad de Valladolid, tuvo en su momento la amabilidad de leer mis notas y hacerme acertadas sugerencias. Éstas han quedado en buena parte incorporadas en el texto.

bargo de que bastantes de estas lagunas no están sino en la mente del filólogo de turno y basta una lectura atenta del pasaje y el examen del contexto para desvanecerlas. Una muestra de esto que decimos puede ser un ya viejo artículo de H. J. Rose¹, en el cual se señalaban tres: pues bien, hoy las tres pueden ser ignoradas, aunque todavía G. Molinié en su poco recomendable edición de *Les Belles Lettres* (1979) se empeñase en mantener la de 6.6.8, por no haber calado en el rasgo de agudeza del autor. Y es lamentable que aún en su reciente revisión por A. Billault (1989) no se hayan subsanado tampoco ni este ni otros errores, perdiéndose así una excelente ocasión². El sentido de la frase οὐκ ἔστι δὲ ἄξιον οὐδὲ τὴν βασιλίδα λυπήσαι ἢ εὐμορφότεραν ἐποίησεν ἢ δίκη <τῆς> δόξης es exactamente el que refleja la traducción de K. Plepelits: “Es ist auch nicht fair, der Königin weh zu tun, die der Prozeß schöner gemacht hat, als ihr Ruf ohnehin schon gewesen ist”³. Un sentido que, más allá de su carácter aparentemente absurdo, tiene una clara explicación contextual: el astuto eunuco, que ya antes (6.3.4) calificara a la Reina Estatira como καλλίστη τῶν ὑπὸ τὸν ἥλιον y que se encuentra además en un grave aprieto, vuelve ahora a elogiar interesadamente la belleza de su señora, que, según sus palabras, ha salido airosa de la comparación que con la de Calíroë ha podido establecerse en la sesión pública del propio juicio. Que el eunuco mienta es un hecho que atañe a la coherencia del episodio y a la caracterización del personaje como avisgado cortesano. Es evidente, en cambio, que no se trata de los “spectacular results” (según palabras de Rose) con que la heroína apareció en el proceso, sino de las halagadoras palabras de un servidor en apuros, que busca ἀποστρέψαι...τὸν βασιλέα τοῦ ἔρωτος καὶ ἑαυτὸν ἐλευθερῶσαι διακονίας δυσχεροῦς.

Pero no es éste el pasaje que nos interesa en estas páginas, en las que nos vamos a detener en dos lugares cercanos al final del libro 7, en que con frecuencia se han señalado ciertas anomalías. Primeramente estudiaremos 7.6.2, donde se sospecha la existencia de una leve pérdida textual, y, después, 6.7, con una supuesta laguna incomparablemente más extensa. Y nuestra finalidad es mostrar que los argumentos aducidos no son, contra lo que suele pensarse, muy convincentes, si bien en el segundo texto los problemas que se plantean son realmente muy complejos.

En 7.6.2, después de los combates naval y terrestre entre los persas y los rebeldes egipcios, el autor presenta el primer equívoco de la serie que va a jalonar el pasaje: ἀλλ’ οὐτε βασιλεὺς ἐγίνωσκε τὴν ἦτταν τὴν ἐν τῇ θαλάσῃ τῶν ἰδίωσιν οὐτε Χαιρέας τὴν ἐν τῇ γῆ τῶν Αἰγυπτίων, ἐνόμιζε δὲ ἑκάτερος κρατεῖν ἐν ἀμφοτέροις. A continuación se nos dice que Quéreas se dirige con su flota a la isla de Arado, donde el lector bien sabe que está la Reina Estatira con

¹ “Some lacunae in Chariton”, *CQ* 33 (1939) 30.

² Lo mismo ocurre, como veremos, en los casos de las otras dos lagunas que serán comentadas en estas páginas.

³ Chariton von Aphrodisias, *Chalirhoe* (Stuttgart 1976).

un nutrido cortejo (entre sus damas se encuentra también Calíroeo) y un prometedo botín. Caritón no nos da razón alguna para esta incursión de la escuadra de Quéreas, lo que representa, como ya observara T. Hägg⁴, el único caso en toda la novela en que el autor no justifica el desplazamiento de alguno de sus personajes. Aparentemente Quéreas ignoraría las circunstancias citadas y el autor debería haber explicado de algún otro modo su decisión. Pero esa ignorancia, si es supuesta por el lector, lo es sobre la base, exclusivamente, de unas palabras posteriores de un soldado egipcio (6.7), que sin embargo deben ser entendidas, como veremos, en función de su contexto.

El texto afectado por la pretendida laguna dice así: ἐκείνης οὖν τῆς ἡμέρας ἦς ἐναυμάχησε καταπλεύσας εἰς Ἄραδον ὁ Χαιρέας τὴν μὲν νῆσον ἐκέλευσε περιπλέοντας ἐν κύκλῳ παραφυλάττειν...ὡς αὐτοῦς ἀποδώσοντας λόγον τῷ δεσπότη. Se está de acuerdo en general en que este último término designa muy verosímilmente al Gran Rey (la versión de A. Calderini “commandò che navigando intorno all’isola la investigassero, da poterne dar conto al padrone” parece muy poco aceptable)⁵, pero no es claro en modo alguno el contenido del mensaje que alguien puede pretender hacerle llegar. Los traductores suelen entender la expresión con ὡς como una construcción final: es el caso, por ejemplo, de Molinié (“...pour rendre compte au maître”), de P. Grimal (“pour en rendre compte leur maître”)⁶, de Plepelits (“...um ihrem Herrn persönlich rechenschaft zu geben”), de J. Mendoza (“para dar cuenta a su amo”)⁷ o de M. C. Herrero Ingelmo (“...para dar cuenta a su señor”)⁸. Queda así una incógnita que la continuación del texto conservado no ayuda en absoluto a resolver, aunque sí puede hacerse notar que si la información implícita en λόγον se refiere al peligro que se cierne sobre Arado, tiene más sentido que ese riesgo para el bando de Quéreas se dé antes de completarse el cerco que después. Según Plepelits, en su nota al pasaje, en las líneas perdidas se leería cómo Quéreas encuentra en la isla solamente a unos persas indefensos, con sus bagajes y tesoros, y cómo ordena, sin saber aún que entre ellos está la Reina, que los prisioneros y el botín comiencen a ser embarcados. Ahora bien, cabe preguntarse si es de esperar que el novelista nos informe al detalle de datos que el lector puede por sí solo deducir fácilmente del contexto. Por ejemplo, una lógica deducción puede ser que si Quéreas arriba con su flota a Arado es justamente porque sabe que allí está la Reina con su cortejo y sus tesoros y que tal información le ha llegado a través de los prisioneros tomados en la bata-

⁴ *Narrative Technique in Ancient Greek Romances* (Stockholm 1971) 151.

⁵ Caritone di Afrodizia, *Le avventure di Cherea e Calliroe* (Torino 1913). Quéreas se dirige previamente siempre al Egipto con el título de βασιλεύς y nunca con el de δεσπότης. Por supuesto Calderini no reconoce la mencionada laguna.

⁶ *Romans grecs et latins* (Paris 1976).

⁷ Caritón de Afrodizias, *Quéreas y Calíroeo*. Jenofonte de Éfeso, *Efesiacas. Fragmentos novelescos* (Madrid 1979).

⁸ *La novela griega antigua*. Caritón de Afrodizias, *Quéreas y Calíroeo*, Jenofonte de Éfeso, *Harbócomes y Antia* (Madrid 1987).

lla naval. No obstante, dejaremos el tema de esta noticia sobre la Reina para más adelante, insistiendo sólo ahora en que esta conclusión es perfectamente natural y explica sin más los movimientos de Quéreas, así como el hecho de que no adopte medidas bélicas ante la isla, sino sólo de control y vigilancia.

El punto clave sigue siendo, sin embargo, esa expresión, aparentemente final, cuyo sentido último se nos escapa por estar situada en la inmediata vecindad de la laguna; una expresión, en fin, que tampoco aciertan a descifrar las conjeturas hechas por los comentaristas sobre el contenido de la mencionada laguna. Por el contrario, si suponemos que Quéreas conoce quién está en la isla y en qué condiciones de indefensión, su proceder se revela como muy adecuado, ya que le basta con vigilar estrechamente el lugar con sus naves para impedir que la noticia de su arribada llegue al ejército persa (sobre la derrota de éste no tiene sino una creencia, no en modo alguno una certeza) y de él acuda un inoportuno auxilio⁹. Y esto es precisamente lo que el texto dice, con tal, claro es, que olvidemos la supuesta laguna y las suposiciones de los críticos y también el sentido final de la expresión con ὡς.

La frase dice lo siguiente: "...Tras arribar a Arado, Quéreas ordenó que, trazando un círculo con las naves en torno a la isla, la vigilasen, previendo que ellos darían noticias a su señor"¹⁰. Una interpretación que se nos antoja muy correcta y cuyo único inconveniente puede ser realmente la incómoda presencia de μέν sin el δέ correspondiente. Pero no sería ésta la primera incongruencia sintáctica en Caritón y, en todo caso y a partir de esta anomalía, de existir una laguna que la explique, ésta figuraría o bien después de τῷ δεσπότη, por lo que no representaría una dificultad específica para nuestra interpretación, o bien, preferiblemente, antes de ὡς, pero limitada a una mera mención de los cercados en la isla.

Por lo que se refiere a la orden de embarque de los cautivos y el restante botín, nada obliga a que ésta sea explicitada ahora en el relato, siendo más lógico además que en todo caso se diese una vez ocupada la isla y no antes. Pero también sobre este punto hemos de volver después.

El segundo pasaje (6.7) requiere un examen más detenido, dada su mayor complicación. Esta otra supuesta laguna se considera generalmente bastante extensa y

⁹ Ha de hacerse notar que, si bien en realidad el Gran Rey no parece disponer ahora de una flota para auxiliar a los acogidos en Arado, sin embargo el autor después (8.2.3 s.) lo menciona precisamente acudiendo en su ayuda, una circunstancia que Quéreas considera como un grave peligro.

¹⁰ Desde el punto de vista sintáctico no existe el menor inconveniente. Cf. por ejemplo, Hdt. 9.42: ἦδεσθε τοῦδε εἵνεκα, περιεσομένου ἡμέας Ἑλλήνων, E. Ion 965: ὡς τὸν θεὸν σώσουσα τὸν γ' αὐτοῦ γόνον, X. Cyr.: ἐπορεύοντο, ὡς οὐδένα ἂν λήσουσα τὰ τοῦ μεγίστου θεοῦ σημεῖα, Pl. R. 345 e: μισθὸν αἰτοῦσιν, ὡς οὐχὶ αὐτοῖσιν ὠφέλειαν ἐσομένην ἐκ τοῦ ἀρχειν, ἀλλὰ τοῖς ἀρχομένοις. El matiz de la expresión del novelista es más causal que final, como en los ejemplos citados, y en este caso con la noción añadida de un lógico convencimiento o sospecha implícita, que es equiparable a la expresada por el giro platónico ἐφύλαττον αὐτὸν εἰ καὶ τὴν νύκτα ἐστήξοι (Smp. 220d 2-3). A. D. Papanikolaou (*Chariton-Studien*, Göttingen 1973, 114) observa que éste es el único empleo de ὡς con participio de futuro en Caritón y aduce, sin que el paralelo sea muy exacto, NT, Hebr. 13.17: αὐτοὶ γὰρ ἀγρυπνοῦσιν...ὡς λόγον ἀποδώσουτες.

de algún modo los comentaristas parecen creer que sólo su contenido daría cabal solución a los problemas que aquejan a esta sección del episodio. Por nuestra parte, aun reconociendo que el texto, tal cual hoy podemos leerlo, deja una serie de interrogantes en el aire, estamos convencidos de que admite una, no perfecta, pero sí desde luego parcial y relativamente razonable explicación. Nos negamos por supuesto a aceptar una laguna de las proporciones que con frecuencia se aducen, si bien no se nos antoja tampoco rechazable la posible y más razonable existencia de alguna o algunas pérdidas textuales menores.

Sin duda ha sido Plepelits ¹¹ quien ha ido más lejos en aquella línea. Según su amplia nota al pasaje, el modelo del episodio estaría tanto en los sucesos posteriores a la batalla de Iso, tal como los conocemos por los diversos relatos sobre la vida de Alejandro, como, sobre todo, en el célebre suceso de la fiel Pantea, narrado por Jenofonte en los libros V y VI de su *Ciropedia*. De acuerdo con su reconstrucción, tras el intento del soldado egipcio de consolar a la Reina cautiva, ésta y sus damas romperían en lamentos y sería por contraste la serenidad (y naturalmente la belleza) de Calírroe la que atraería la atención de aquél, que correría a anunciar a Quéreas la presencia de la Reina y de tan hermosa joven. Quéreas ordenaría respetar a la soberana y conducir a la muchacha ante él; el Egipcio a su vez y en el cumplimiento de estas órdenes procuraría confortar a Calírroe con una, nada oportuna, alusión a su futuro destino como esposa de su jefe, lo que provocaría la reacción de la prisionera que, ahora sí, el texto ya conservado nos muestra.

Pero las deducciones extraídas por Plepelits de aquellos modelos tienen un grave inconveniente: las andanzas del soldado egipcio, tal como él las imagina, darían lugar en realidad a una escena duplicada y a unas complicaciones de que precisamente carecen los modelos por él alegados ¹². El elogio de Quéreas se repetiría en boca de su oficioso servidor y quién sabe si también la promesa, en ambos casos falsa, del matrimonio con aquél. Pero una duplicación semejante resultaría torpe y seguramente inaceptable en un autor hasta cierto punto cuidadoso como lo es Caritón ¹³. Por otra parte, un inconveniente más reside en el hecho de que en el texto posterior no hay referencia alguna a la Reina ni a la relación entre ésta y

¹¹ Cf. ya I. Hilberg ("Ein Blattverlust in Chariton", *Philologus* 33, 1874, 695-7), que recibiera en su momento la entusiasta aprobación del editor Blake. Aunque las primeras sospechas acerca de la integridad del texto proceden en realidad de Cobet, el brevísimo artículo de Hilberg es elogiado por su contundencia y meridiana claridad, si bien, como veremos, no siempre tiene en cuenta el contexto y otros aspectos. Plepelits, aunque sin citarlo expresamente, parte a todas luces de su análisis, pero con matices y nuevas aportaciones. En lo que sigue procederemos a discutir ambos trabajos conjuntamente, aunque citemos de modo expreso sólo a Plepelits por lo general, dados los mayores vuelos de la reconstrucción de éste último.

¹² Ya Calderini (en nota de su citada traducción) expresó su reserva ante algunos elementos superfluos de la propuesta de Hilberg, si bien le parecía que los hechos perdidos en el relato debían en general ser "quelli che l' Hilberg ci ha designato".

¹³ Cf. el caso de las dos escenas en que el eunuco trata de cumplir ante Calírroe el encargo amoroso del Gran Rey (6.5 y 7), tan diferentemente estructuradas que nadie podría decir que la segunda sea una mera reiteración de la primera.

Quéreas, produciéndose así un sospechoso silencio que favorece poco la propuesta de Plepelits. No negamos desde luego la posible influencia de los modelos citados; más bien incluso creemos que ésta puede servir de apoyo para la tesis opuesta, dada la sencillez de aquellos relatos y en especial el referido a la historia de Pantea.

Centrándonos ya en el episodio de Caritón, la reconstrucción de Plepelits implica que Quéreas está informado del asunto, lo cual parece contradictorio con su actitud en el texto conservado: en su primera frase en 6.10 parece denotar un cabal desconocimiento, por lo que el Egipcio se ve obligado a ponerlo en antecedentes. El tema de la boda ha sido una pura invención, según confiesa el Egipcio, y todo apunta a la sospecha de que el desinterés de Quéreas se explique justamente por su ignorancia¹⁴. Una traducción para τὴν γὰρ γυναῖκα, ἣν εὔρον como la que da Molinié (“il s’agit de la jeune femme: je l’ ai trouvée...”) sería consecuente con una reconstrucción como la de Plepelits, pero no es la única posible: “pues la mujer que he encontrado...” lo es también¹⁵.

Pero aún hay más aspectos sobre los que podemos reflexionar. Una gran diferencia entre lo narrado en los modelos del episodio novelesco y éste consiste en que en aquéllos se opera con hechos reales (queremos decir simplemente “reales” en la narración, no desde el punto de vista histórico, lo cual es otra cuestión y no nos importa aquí), en tanto que Caritón introduce elementos muy propicios para el equívoco y la incertidumbre. Por poner sólo de relieve los más significativos, cabe llamar la atención sobre el hecho de que el suceso ocurra en plena noche y, sobre todo, el que el Egipcio se dirija respetuosamente a la Reina sólo a través de la puerta cerrada y preguntarse si ambos tienen algún significado particular en la intencionalidad del relato. El propio Plepelits se ve forzado a reconocer que en algún momento el Egipcio tendrá que observar lo que ocurre en el interior de la estancia de las cautivas, para poder reparar en la diferente actitud de las dos mujeres. Pero, cabe preguntarse, (cuándo y por qué el individuo abre la puerta y observa lo que sucede en el interior?. Según Plepelits, lo hace sorprendido por la actitud de Calíroe, serena y tranquila entre la general lamentación. Pero, cabría preguntarse de nuevo, ¿cómo una reacción tal de serenidad puede ser percibida a través de una puerta cerrada y entre lamentos y llantos? Nosotros al menos no le

¹⁴ Es de todo punto rechazable por supuesto una deducción como la sacada por Molinié (p. 31 de su “Notice” preliminar; el texto ha sido mantenido, como siempre, por Billault), el cual ve ahí un pecadillo o al menos una tentación carnal de Quéreas: “L’amiral a voulu coucher avec une belle captive, puis, ironisant amèrement sur son propre charme, n’insiste guère devant le refus qu’on lui oppose”. No es sorprendente que, con esta perspectiva, Quéreas no sea “aussi mièvre qu’il en a l’air: il est dérouterant” (32).

¹⁵ Es seguramente innecesario que recordemos esta función del artículo en griego, que quizás nunca ha sido definida con mayor nitidez que como lo hace A. C. Moorhouse en su *The Syntax of Sophocles* (Leiden 1982, 143), al escribir que “distinguishes from others by adding a closer definition (provided e. g. by an adjective or by a relative clause)” -la cursiva es nuestra-. No cabe, pues, entender como forzosa una conclusión como la de Hilberg, que de las palabras del Egipcio y de la respuesta de Quéreas deduce sin apelación “dass letzterer weiss, von welcher Frau der Aegypter spricht”.

encontramos demasiado sentido a esta explicación, en tanto que pensamos que los hechos pueden haberse desarrollado de un modo muy diferente y más lógico. Es evidente que si el Egipcio deja su actitud respetuosa para atisbar el interior de la estancia es por alguna razón no relacionada con la Reina y sí en cambio con Calírooe, pero no por una reacción de serenidad (sereno ha sido su comportamiento precedente), sino por lo contrario, y precisamente por una actitud que debe sorprender al guardián. Las mismas circunstancias citadas, que fácilmente darían lugar a algún equívoco, es muy verosímil que hayan sido explotadas por Caritón en esa línea de sorpresa, para fomentar la ambigüedad de la situación y sus posibilidades dramáticas. Las palabras del Egipcio tras la puerta cerrada están destinadas a la Reina, y a ésta va dirigido el respetuoso *δέσποιννα*; pero creemos que también va dirigida a ella la piadosa mentira sobre la boda con el valiente y generoso jefe. Pero en estas palabras hay ya una cierta dosis de ambigüedad, que el autor ha sabido utilizar: de un lado, el respetuoso tratamiento mencionado, que en la novela está con gran frecuencia referido a Calírooe; de otro, la propia ignorancia del *ναύαρχος* de que *también* ella (*καὶ σύ*) esté allí cautiva, lo que sorprendería como alusión a la Reina, a la que suponemos muy destacada por su atuendo y por las muestras de deferencia de las personas de su entorno. No es sorprendente, pues, en absoluto que Calírooe entienda que este dudoso consuelo está dirigido a ella, tan acosada por grandes señores en el curso de sus recientes avatares, así como que sea lógica su desesperada reacción e igualmente el asombro y la curiosidad del Egipcio, que, ahora sí, escudriñaría el interior desde la puerta¹⁶ y observaría que es otra mujer, una desconocida, la que se comporta de un modo tan desconcertante. De ahí también que la atención del Egipcio se centre en adelante en esa extraña y hermosa dama y se olvide (como el novelista con su silencio narrativo) de la Reina, a la que no mencionará ya en su posterior conversación con Quéreas. Es más, si el Egipcio hubiese tenido orden precisamente de llevar a esa mujer desconocida ante su jefe, como sugiere Plepelits, es difícil admitir que se hubiera andado con tantos remilgos como para no emplear la fuerza, una tesis tan difícil de aceptar como que Quéreas no le pregunte después la razón de su desobediencia y que el Egipcio se refiera a ella simplemente como “la mujer que encontré” y no como “la mujer que me ordenaste traer” o alguna otra expresión equivalente. Y todavía y a la luz de lo ya dicho es de suponer que sus palabras sobre la ignorancia del navarco acerca de la presencia de la Reina entre los prisioneros no son sino una piadosa mentira en su intento de consolarla. El sentido de sus términos es: si mi señor no ha venido aún a mostrarte su respeto es sólo porque no sabe que estás aquí, ya que, si lo supiese, habría venido al punto. Lo cual no significa que no esté mintiendo, exactamente igual que, como reconocerá después, miente en la propuesta de boda que Calírooe, de acuerdo con nuestra hipóte-

¹⁶ Desde luego no es imprescindible en absoluto que la abra. En Heliodoro, por ejemplo (7. 15.2), un personaje atisba el interior de una cámara *διὰ τῶν ὀπῶν καθ' ἃς διενήμεκτο τῶν κλειθρῶν ἢ ἄλυσις*. Pero este detalle es para nosotros ahora irrelevante.

sis, interpreta como referida a ella. Plepelits da por sentado que todos los cautivos entienden que las palabras del Egipcio van dirigidas a la Reina, pero esto es así porque cree en la existencia de una amplia laguna y en la fiel imitación (que no sería tan fiel, como hemos visto) de sus modelos por Caritón. Pero ya es extremadamente sospechoso que la supuesta laguna se inicie en medio de un discurso pronunciado por un personaje que da ánimos a una mujer y a la vez termine dentro de otro discurso dirigido por el mismo sujeto a otra dama y con la misma intención consoladora, de tal modo que, además, la unión de los dos restos de discurso dé sin embargo perfecto sentido, como si ambos discursos fuesen en realidad sólo uno y el mismo. ¿Cómo puede haberse producido en la transmisión textual una pérdida tan azarosa y notable, en una especie de fantástica haplografía? Y nótese que incluso en las palabras de respuesta de Calíroo aparece el término *φιλανθρωπος*, que se corresponde perfectamente con el utilizado por el Egipcio (*φιλανθρώπως*) en su primer supuesto discurso, de suerte que es obligado concluir que, de haber existido dos discursos tales, se habría reiterado el mismo elogio, y esto a escasa distancia en el texto, como una muestra acumulada de la torpeza del narrador. Nada de esto tiene ciertamente demasiada lógica. Y por supuesto no en Caritón.

Es evidente, sin embargo, que el novelista se permite, además de equívocos, unos “silencios” narrativos¹⁷, a alguno de los cuales ya nos hemos referido. Concretamente aquí se observa uno de estos silencios por lo que atañe a la Reina, que, sin duda a causa de su inesperada experiencia con Calíroo, es olvidada por el Egipcio, y sobre la cual ni siquiera se nos dirá cuándo y cómo se la lleva desde la estancia a una nave. Tampoco se menciona con precisión, al menos hasta 8.1.2, la orden de embarcar a los cautivos. El autor en todo el episodio procede con frecuencia de modo meramente alusivo. La captura de prisioneros iba usualmente seguida de su desplazamiento para su venta como esclavos (cf. *δουλείαν* en 7.6.5), por lo que no debe sorprendernos que el lector de aquel tiempo dedujese tal orden aquí, a lo cual coadyuvarían expresiones como *οὐ βούλεται ἔλθειν* (6.10) y *ἔατε διάγειν* (6.12). La primera de éstas no tiene por qué entenderse como “venir a tu presencia” sino “ir (a donde se supone que debe ir, al barco destinado)”¹⁸, ni tampoco tiene por qué referirse a ese momento preciso de la noche, sino, en un futuro próximo, al del embarque al día siguiente. Calíroo ha decidido oponer una resistencia pasiva a todo intento de desplazamiento, sea cual sea el momento y la direc-

¹⁷ Así, de acuerdo con nuestra interpretación, el lector podría esperar, por ejemplo, que se le informe, como en el ya mencionado pasaje de Heliodoro, acerca de la conducta del Egipcio ante la puerta de la cámara. En el primero de una serie de artículos que hemos publicado sobre el personaje del “amigo” en la novela griega (*Minerva* 1, 1987, 61-74) hemos observado con atención este hecho, y, precisamente, en el relato de Caritón, aunque sólo en forma de “eclipsamiento” momentáneo del citado personaje y con frecuencia como evidente consecuencia de una simple economía narrativa.

¹⁸ En 8.1.13 se nos explicará que Quéreas había pasado esa noche embarcado y, por tanto, hemos de entender que en ese momento el Egipcio dice “no quiere venir”, pero no necesariamente “a tu lado”, sino “a los barcos”. De un modo semejante ha de interpretarse *ἢ μὴ βουλομένη προσελθεῖν* en 8.1.6.

ción de tal desplazamiento, y es así como creemos que interpreta su actitud el Egiptio (cf. luego 8.1.6). Cuando después, al iniciarse el libro VIII, el autor proceda a un breve resumen de los sucesos, bastará la expresión τὰς ἀλλοτρίας γυναῖκας ἀναλαβῶν ταῖς τριήρεσιν ἀπάγη (1.2) para indicar que esa orden se está ya ejecutando, lo que bien explica implícitamente la ausencia de las demás cautivas en el instante del reconocimiento de ambos esposos. En 8.1.5 esto se corrobora con ἔτι δὲ πολλὰ τῶν ἀρχμαλώτων κατελέλειπτο. Es sólo Calíroo la que ha permanecido, echada y cubierta, en la estancia; el resto de las damas del cortejo real, todas cautivas de alto valor, están ya sin duda embarcadas. El texto es, pues, coherente y no hay una perentoria necesidad de aceptar esta pretendida laguna.

Ahora bien, negar una laguna de las proporciones postuladas por Hilberg y Plepelits no equivale a sentenciar, como ya se adelantó, que el texto nos ha llegado en perfectas condiciones. Sería ceguera negar el argumento primero y principal de Hilberg de que la frase οὐ μόνον ἀνδρεῖος, ἀλλὰ καὶ γυναῖκα ποιήσεται es por lo menos desmañada y torpe y seguramente incompleta. Pero tal hecho, difícilmente debatible, nos puede llevar a lo sumo y después de esta discusión a aceptar alguna breve corrupción del pasaje. Es éste el único punto de relieve que creemos merece ser mantenido y en torno al cual quizás seguir polemizando. Del resto no quedan sino hipótesis escasamente convincentes y que pretenden imponer al novelista un rigor narrativo y una detallada explicitación que, según lo vemos nosotros, no hay razones de peso para exigirle.

La reconstrucción de Hilberg y Plepelits se revela, por tanto, bastante superflua y, en consecuencia, debe rechazarse también la corrección de este último ἐν πλαταγαῖς¹⁹ para ἐν πλαταλαῖς del código en 7.6.10. Tal corrección se deriva a todas luces de su propio análisis y de la comparación con los ya mencionados modelos. La expresión, tal como resulta así alterada, habría de entenderse referida a la actitud serena de Calíroo. Pero es claro que la situación descrita en 6.10 implica una conducta desesperada de la heroína ante un muy negro porvenir. En cambio, por ejemplo, la leve corrección ἐν πλατεῖαις (posiblemente la grafía πλατέαις motivó el error de un copista) propuesta por Reiske, aceptada por Molié (“collée aux dalles”), Grimal (“étendue sur les dalles”) y otros traductores, da un sentido mucho más natural y coherente con el texto, como reflejo del πεσοῦσα ἐπὶ γῆς ἔκειτο de 6.9. La propia lectura del manuscrito, que fuera calificada de expresión “bizarra” por Grimal (“étendue sur le plat du dos”)²⁰, sería por tanto, con alguna mínima corrección, perfectamente acorde con el contexto, al describir la actitud de resistencia pasiva de Calíroo, que desea para sí la muerte (θάνατον εὔχομαι: 6.8), de modo que la misma estancia en que se encuentra sea su tumba

¹⁹ Cf. pp. 26 s. de su Introducción.

²⁰ En una nota de su citada traducción. Pero, como me hace observar García Teijeiro, esta versión de Grimal no refleja con rigor el texto transmitido. E. Rohde (*Die griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig 1914³, 530 n.) sugirió la lectura ἐν πλατεῖοις (ο ἐν πλάτῳ) ἐκτεταμένην.

(τάφος ἐμός ἐστίν οὗτος ὁ τόπος: *ibid.*), una actitud que mantendrá hasta el momento de su reencuentro con Quéreas.

Fuese cual fuese, pues, la literalidad de lo que escribiese el autor, el sentido que se requiere parece ser ése. Términos como πλάτος, πλάτη, πλάτης ο πλατεῖα pueden haber tenido verosímilmente tal significado a partir de uno más general, como es el de “superficie plana”. En cuanto al participio τεταγμένην, que ciertamente puede ser objeto de crítica, un leve retoque (τεταμένην ο ἐκτεταμένην) le proporcionaría también el sentido requerido.